

Su ilusión fue vivir para Dios

Aquella mañana veraniega de 1837 había amanecido como de costumbre en el pueblecito mallorquín de Pollensa. El mar había bañado con sus aguas cristalinas la arena de la playa y el sol radiaba en lo alto del cielo iluminando toda la isla. Sin embargo, aquel 6 de agosto, nacería en Pollensa una niña cuya luz iluminaría de una forma diferente la vida de muchas otras personas.

Cuando Cayetana Alberta Francisca Luisa Giménez Adrover llegó al mundo aquel precioso día de verano, sus padres fueron los primeros en celebrar el nacimiento de su hija. Doña Apolonia y don Alberto habían esperado desde hacía meses ese gran momento y, ahora, con la pequeña Alberta en su acogedora casita de Pollensa ambos se sentían muy afortunados.

—Dios nos ha dado una niña encantadora, ¿no crees, Alberto? —preguntó doña Apolonia meciendo al bebé en sus brazos.

—Por supuesto —dijo él sonriente—. Estoy seguro de que hará grandes cosas en la vida.

Apolonia Adrover había conocido a Alberto en Felanitx, otro pueblo situado en la isla de Mallorca, ya que él era de Aragón y había sido destinado como militar allí. Los dos eran personas humildes y creyentes en la fe católica. Cuando nació Alberta, no dudaron en educarla con unos valores que le convertirían en una gran persona.

Uno de los acontecimientos más importantes de la infancia de Alberta fue el nacimiento de su hermano Saturnino, cuando ella tenía dos años. Alberta cuidaba de Saturnino, y los dos disfrutaban jugando juntos y visitando a sus abuelos en Felanitx.

Debido al trabajo de Don Alberto, la familia tuvo que desplazarse a otros lugares en varios momentos de la infancia de Alberta. Es por esto por lo que, siendo muy pequeña, la familia tuvo que trasladarse a Palma, así como a la isla de Menorca unos años después. También vivieron en Barcelona y Huesca, pero cuando Alberta cumplió catorce años regresaron a Palma de nuevo.

Una vez instalados en Palma de Mallorca, Don Alberto no dudó en que su hija recibiese una educación adecuada a pesar de que, en aquellos tiempos, era difícil completar los estudios siendo mujer. De esta manera, Don Francisco Civera, un inteligente profesor de Matemáticas y reconocido pedagogo, cuya familia conocía a la de Alberta, comenzó a darle clases.

Gracias a la decisión de su padre de conseguir un profesor para ella, Alberta aprendió una gran cantidad de conocimientos y consiguió una oposición como maestra tiempo más tarde. Todos los estudios que Alberta realizó fueron un punto clave para su futuro.

A pesar de los diez años de diferencia entre Francisco y Alberta, se enamoraron y decidieron casarse un tiempo después en la Iglesia de San Nicolás de Palma de Mallorca el 7 de abril de 1860. Las campanas tañían sin cesar mientras los novios, recién casados, avanzaban entre la multitud cogidos del brazo.

El amor de Alberta hacia su esposo fue inmenso. Un año más tarde, el 3 de marzo de 1861, llegó al mundo el primer hijo del matrimonio, al que llamaron Bernardo quien, al año, murió por fiebres gástricas. Esto supuso un dolor muy fuerte en el corazón de la joven Alberta.

Dos años más tarde, nació el 17 de noviembre de 1863 una niña llamada Catalina Tomás que fallecería al poco tiempo también. El tercer hijo de Alberta y Francisco se llamó Bernardo Cleto, quien murió a causa de una gastroenteritis a los dos años.

El último niño llegó el 23 de marzo de 1867, al que llamaron Alberto en honor a su abuelo. Albertito fue el único hijo del matrimonio que sobrevivió. Sin embargo, las desgracias en la vida de Alberta continuaron cuando su marido, Francisco, enfermó en 1868.

—Me presentaré a las oposiciones como maestra para poder sostener a mi familia —pensó Alberta teniendo en cuenta el estado de su esposo.

Un año más tarde, Francisco falleció a los 41 años. La vida de Alberta que tan alegre había sido al casarse y con la llegada de su primer hijo, se había convertido en una vida dolorosa al haber perdido a sus tres hijos y a su marido de una manera tan rápida en apenas nueve años. Alberta, siendo aún una joven de 32 años, tuvo que hacer frente a aquella prueba que se había cruzado en su vida y no tuvo otra forma de hacerlo que viendo aquellas situaciones tan difíciles y angustiosas como pruebas que Dios había puesto en su camino fortaleciendo así su fe y esperanza en Él. Alberta sabía que no era el final de sus hijos y de Francisco, sino que ahora estaban con su Creador y que, ella, debía continuar haciendo el bien y cuidando de lo único que le quedaba: su hijo Alberto. De esta manera, luchó por seguir adelante y caminar hasta lo que Dios esperaba de ella. Algo que en aquellos momentos apenas podía imaginarse.

* * *

Alberta Giménez

Llevaba tiempo dándole vueltas en la cabeza y no podía dejar de pensar qué podía significar todo aquello, después de lo que nos había pasado a mi familia y a mí. No podía dejar que los recuerdos de aquellos momentos junto a Francisco acudiesen a mi memoria en el momento que menos lo esperaba, o que recordase las dulces miradas de Bernardo, Catalina y Bernardo Cleto que me observaban fijamente mientras su

pequeña vida se extinguía ante mis ojos sin yo poder hacer nada para evitarlo. En esos momentos, cerraba los ojos y pensaba en Él. Si Dios había querido eso para mí, algo tendría que significar. Entregaba todos aquellos recuerdos y mi propio dolor a Dios porque sabía que era la única forma de seguir adelante y, de alguna que otra manera, prepararme para poder responder a aquella pregunta que tanto tiempo llevaba recorriendo mi interior: ¿qué quería Él de mí?

El 2 de marzo de 1870, me encontraba junto a mi pequeño Albertito en la sala de estar cuando, de repente, alguien acudió a mi casa. Me acerqué a la puerta y, al abrirla, mi sorpresa no pudo ser mayor al encontrar frente a mí al alcalde de Palma y al canónigo Don Tomás Rullán.

—Buenas tardes, ¿a qué se debe esta visita tan fortuita? —pregunté extrañada.

—Buenas tardes, sería de nuestro agrado hablar con usted un momento si es posible —dijo Don Tomás.

—Por supuesto, pueden pasar si son tan amables —les conduje hasta la salita donde se encontraba Albertito. Lo cogí en brazos e invité a los recién llegados a tomar asiento.

—El motivo de nuestra visita se debe a que nos gustaría hacerle una propuesta en nombre del señor obispo —comenzó el alcalde.

Mostré mi asombro ante aquellas palabras.

—Sí, en efecto —continuó Don Tomás—. Nos gustaría que usted se hiciese cargo del Real Colegio de la Pureza de María que, actualmente, se encuentra en ruinas.

En aquel momento vi que tenía una nueva misión y que mi vida debía tomar un rumbo. Tras aceptar la propuesta, no dudé en comenzar a organizarlo todo para poder

cumplir con el propósito que me había sido encomendado. Me encargué de encontrar un lugar apropiado para mi pequeño Albertito, de tal manera que permaneció con sus abuelos a los que apreciaba mucho.

Era un soleado 23 de abril de aquel mismo año cuando, tras haber recorrido algunas calles de Palma, llegué no sólo a la casa en la que se encontraba el colegio, sino también a lo que sería de ahora en adelante, mi nueva vida.

Realmente me sorprendió el estado de aquel edificio: los pupitres de las pocas alumnas que quedaban estaban desgastados, la gruesa capa de polvo que cubría cada lugar daba una impresión de dejadez y las paredes que sostenían la estructura parecían estar a punto de venirse abajo en cualquier momento. Saltaba a la vista que las circunstancias económicas del lugar no habían sido muy buenas, y que no quedaba otra que comenzar de cero.

Me decidí a hacer de aquel decadente lugar uno lleno de vida, alegría e ilusión por aprender, por lo que comencé por hablar con las casi inexistentes profesoras que permanecían en el colegio, cuya edad era bastante superior a la mía.

—No podemos permitir que nuestras alumnas estudien en semejantes condiciones—afirmé decididamente—. Vamos a tener que trabajar duro, pero obtendremos buenos resultados si trabajamos en equipo. Está en nuestras manos conseguir devolver el prestigio al Real Colegio de la Pureza de María.

Y así fue. Las cinco nos pusimos manos a la obra junto con la ayuda de una interna llamada María Aloy de la que me encariñé rápidamente. Tuvimos que empezar por limpiar cada estancia del colegio hasta que, un año después, el colegio comenzó a florecer. Una de las labores más importantes del colegio era que las profesoras contasen con una buena formación, por lo que consideré enviarlas a Francia una

temporada para que pudiesen aprender como yo misma había hecho un día de la mano de mi querido Francisco. De esta manera, en 1872, tuve la suerte de dirigir la primera escuela de maestras de las Islas Baleares.

La llegada de nuevas alumnas fue una de mis mayores ilusiones. Despertarme cada día y ver cómo todas aquellas niñas asistían a clase y aprendían felizmente fue una de mis grandes motivaciones al encargarme del colegio. La educación de aquellas niñas era algo muy importante para mí, así como su desarrollo como personas. Todas aquellas sonrisas divertidas cuando las alumnas bajaban por las escaleras llenaban mi corazón y hacían que me sintiese llena de lo que Dios había querido para mí.

Cuando rezaba junto a las alumnas en la capilla percibía su sonrisa: la sonrisa de la Virgen en la que tanto confiaba. Siempre acudía a mi memoria el sabio consejo de mi madre cuando yo era niña, que solía repetir a mis alumnas con el fin de que entendiesen lo que aquello significaba: “pequeñas cosas que tengáis, contádselas a la Virgen”.

Fue en el año 1874, cuando sentí una llamada de Dios mucho más profunda que transformó mi vida para siempre. Llevaba tiempo meditándolo en mi corazón, cuando comprendí que había llegado el momento de fundar una Congregación religiosa. De esta manera, contacté con el obispo de Mallorca, quien aceptó la idea de formar una Congregación diocesana cuya vocación se enfocase a la enseñanza.

Cada día que pasaba comprendía mejor aquella pregunta que un día, hacía muchos años, me había figurado: ¿qué quería Dios de mí? Ahora lo sabía. Cada día, cada instante y cada segundo de mi vida sentía que esa respuesta cobraba sentido. Todo por lo que había pasado no había sido indiferente a los ojos de Dios. Al contrario, me había acercado más a Él y me había llevado a fundar la Congregación de religiosas de la

Pureza de María. Además, haber pasado por aquella situación me fortaleció y logró que encontrara sentido al plan que Dios tenía preparado para mí.

* * *

Pilar Civera

Jamás olvidaré el día que llegó la carta. Mamá había estado leyéndola en varias ocasiones desde que había llegado y yo me moría de ganas por saber qué era aquello tan interesante que contenía.

—Pilar, ven, hay algo que quiero decirte—me llamó suavemente mi madre aquella tarde mientras me encontraba jugando con Joaquín y Alberto.

Me acerqué tímidamente observando a mi madre vestida de negro de los pies a la cabeza, que se encontraba en una de las sillas de la cocina.

—¿Sí, mamá? —pregunté mientras permanecí quieta en la puerta jugando con el lazo de mi vestido.

—¿Te acuerdas de tu abuela Alberta?

Asentí. Recordaba perfectamente a la mujer encantadora y cariñosa que había venido hacía tiempo cuando mi padre se puso enfermo. Cuando él falleció, ella misma me había dicho que ahora papá descansaba y era feliz en el cielo junto a Dios.

—Me ha escrito para proponerme que vayas a estudiar a su colegio.

Meses más tarde, me encontraba con las demás alumnas visitando la casita de Valldemosa en una excursión. Habíamos llegado en coches tirados por caballos, y ahora disfrutábamos de unos días de descanso en el campo rodeadas de naturaleza. A

mi abuela le encantaba visitar la ermita del pueblo, y yo adoraba recorrer los caminos de aquel pueblecito tan pintoresco situado entre las montañas.

Muchas veces, cuando la tarde refrescaba, bajaba a unos de los patios de la casa de Valldemosa y me encontraba a la abuelita sentada en su banco de piedra mientras rezaba el rosario o charlaba con alguna otra alumna. Yo le sonreía desde la puerta, y ella me devolvía esa sonrisa tan llena de cariño.

Mis amigas adoraban a mi abuela, conocida como Madre Alberta. Todas la describían como una persona increíble cuya meta era conseguir lo mejor de cada una de nosotras.

Otra costumbre de nuestro colegio era realizar el besamanos. Siempre caminaba decidida hacia la cinta celeste que pendía de las manos de la Virgen María junto con el escudo del colegio. La abuela nos solía decir que confiásemos plenamente en ella y que le contásemos todas las pequeñas cosas de nuestros corazones.

Años después de aquellas divertidas excursiones y de haber estudiado en el colegio de La Pureza de María, supe que mi abuela, a los 79 años, se había retirado del cargo de directora, un 20 de agosto de 1916. Por aquel entonces, había preferido dedicarse a tareas más sencillas como ayuda con las comidas o en la lavandería. Las alumnas solían encontrarla recogida en sus pensamientos, sentada en su sitio junto a la pared del comedor del colegio que había fundado en Palma hacía años. Su visión había empeorado considerablemente desde hacía tiempo, y prefería realizar sus labores domésticas con esa tranquilidad y calma tan características de ella, mientras rezaba desde su interior.

Unos años más tarde, llegó aquel día que todos esperábamos con ilusión: las bodas de oro de la Madre. Habíamos preparado una celebración especial dedicándole aquel día.

Era el 1 de mayo de 1920, y el obispo en persona había acudido para presidir aquel día tan importante. Por la mañana, celebramos una fiesta religiosa y por la tarde tuvo lugar un teatro organizado, en parte por antiguas alumnas. Yo aparecí en la obra y me temo que todos pudieron percibir mis nervios y mi afecto al dedicarle unas palabras a “aquella abuelita a la que tanto quería y apreciaba”, que consiguieron emocionar a mi abuela, quien escuchaba en silencio desde el lugar en el que se encontraba, guardando cada una de mis palabras.

* * *

Madre Alberta

Sentía que mi salud iba debilitándose poco a poco y sabía perfectamente que, lentamente, me acercaba más a aquello que esperaba desde el día que nací para Dios de verdad. En efecto, no me refiero al día de mi nacimiento, sino al día que fui bautizada. Ese fue el día en el que, desde mi subconsciente, supe que mi vida tenía una única ilusión: vivir para Dios. Por eso, cada momento de mi vida, cada pensamiento, cada palabra, cada sufrimiento y cada alegría fue entregado solamente para Él. Ese deseo fue el que consiguió mantenerme con la esperanza de que todo saldría mejor, de que todo tenía un sentido en la mente de Dios. Rescatándome del dolor y de la desesperanza, siempre lo encontraba a Él. Es por eso que dediqué cada segundo de mi existencia hacia el Creador que había guiado mis pasos.

“Nací para el cielo y a él dirigí todas mis aspiraciones”.

Ese pensamiento inundó todo mi ser y, de alguna manera, hizo que todo lo vivido hasta ese mismo instante cobrase sentido durante el tiempo que me quedó de vida.

* * *

Ocurrió el 21 de diciembre de 1922 sobre las cuatro de la madrugada cuando Madre Alberta, a sus 85 años, pudo reunirse con Aquel al que ella había dirigido toda su vida.

En otros casos, la muerte de una gran persona como ella podría haberse interpretado como el final de una vida que se quedaría en el pasado. Sin embargo, la historia de nuestra querida Madre Alberta no ha finalizado, pues continúa con lo que ella nos dejó. Sí, aquello en lo que ella había puesto tanto interés y amor: el Colegio de la Pureza de María. Ella nos lo dejó para que tanto su esfuerzo por conseguir que el colegio siguiese adelante desde el comienzo, como todo lo que ella enseñó a lo largo de su paso, nos llegase a nosotros y pudiésemos transmitirlo al igual que ella lo hizo años atrás.

Pues, en verdad, la vida de Madre Alberta es un ejemplo de superación, valentía y confianza plena en los caminos que Dios nos designa a cada uno de nosotros. Ella, dentro del sufrimiento, supo “ver a Dios en todas las cosas”. No dejó que los contratiempos de la vida frenasen sus ganas de ayudar a los demás, sino que los aceptó y siguió adelante fortaleciéndose con ellos mismos para conseguirlos propósitos que Dios deseaba para su vida. Su personalidad paciente y comprensiva, siempre desde la humildad, nos demuestra cómo haciendo pequeñas cosas con confianza e ilusión se pueden conseguir otras mucho mayores.

Madre Alberta, llenando cada uno de sus días de vida, consiguió llegar tanto al corazón

de las primeras alumnas como, en la actualidad, al de personas a lo largo de todo el mundo, desde el momento en el que aceptó hacerse cargo del Colegio.

Este año 2020, 150 después de que la Madre llegase al Colegio por primera vez, reconocemos y agradecemos todo lo que ella ha hecho por el mismo, al igual que cada una de sus enseñanzas y pensamientos. De esta manera, todos los que hemos podido conocer su vida, podemos comprender cuál era la ilusión de la Madre, por qué Dios la quiso poner en la historia de nuestro Colegio Pureza de María y, de una forma u otra, el motivo por el que también puso su vida como ejemplo para cada una de las nuestras.

Lulu C.

3º ESO